

Francisco Fernández Carvajal

## LA VIDA DE LA GRACIA

- Una vida nueva. Dignidad del cristiano.
- La gracia santificante, participación en la naturaleza divina.
- La gracia nos lleva a la identificación con Cristo: docilidad, vida de oración, amor a la Cruz.

I. Los cristianos, desde el momento en que se nos infunde la gracia santificante en el Bautismo, tenemos una nueva vida sobrenatural, distinta de la existencia común de los hombres; es una vida particular y exclusiva de quienes creen en Cristo, de aquellos que *nacen no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios*<sup>1</sup>. En el Bautismo, el cristiano comienza a vivir la misma vida de Cristo<sup>2</sup>. Entre Él y nosotros se ha establecido una comunión de vida distinta, superior y más fuerte e íntima que la de los miembros de la sociedad humana. La unión con el Señor es tan profunda que transforma radicalmente la existencia del cristiano, y hace posible que la vida de Dios se desarrolle como algo propio en el interior del alma. Nuestro Señor habla de la vid y los sarmientos<sup>3</sup>, San Pablo la compara a la unión entre el cuerpo y la cabeza<sup>4</sup>, pues una misma savia y una misma sangre recorren la cabeza y los miembros.

La primera consecuencia de esta realidad es la dicha incomparable de hacernos hijos de Dios; la *filiación divina* no es un mero título. Cuando alguien adopta a otro como hijo le da su apellido y sus bienes, le ofrece su cariño, pero no es capaz de comunicarle algo de su propia naturaleza ni de su propia vida. La adopción humana es algo externo: no cambia a la persona ni le añade perfecciones o cualidades que no sean meramente externas (mejores vestidos, más medios para aumentar su cultura...). En la adopción divina es distinto: se trata de un nuevo nacimiento, que produce una admirable mejora de la naturaleza de quien es adoptado. *Carísimos* - escribe San Juan-, *nosotros somos ya ahora hijos de Dios*<sup>5</sup>. No es una ficción, no es otorgar un título honorífico, porque *el mismo Espíritu de Dios está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*<sup>6</sup>. Es una realidad tan grande y tan

alegre que le hace escribir a San Pablo: *no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios*<sup>7</sup>.

¡Cuánto bien hará a nuestra alma considerar a menudo que Cristo es la fuente de la que mana a raudales esta nueva vida que se nos ha dado! *Por Él* -escribe San Pedro- *Dios nos ha dado las grandes y preciosas gracias que había prometido, para hacernos partícipes por medio de estas mismas gracias de la naturaleza divina*<sup>8</sup>.

Ante tal dignidad, la cabeza y el corazón se inclinan para dar continuas gracias al Señor, que ha querido poner en nosotros tanta riqueza, y nos decidimos a vivir conscientes de las joyas preciosas que hemos recibido. Los ángeles miran al alma en gracia llenos de respeto y de admiración. Y nosotros, ¿cómo vemos a nuestros hermanos los hombres, que han recibido o están llamados a recibir esa misma dignidad? ¿Cómo nos comportamos, llevando un tesoro de tan altísimo valor? ¿Sabemos de verdad lo que vale nuestra alma, y lo manifestamos en la conducta, en la delicadeza con que evitamos aun lo más pequeño que desdiga de la dignidad de nuestra condición de cristianos?

II. Al principio, después de la primera creación, la criatura era nueva, perfecta, según la había hecho Dios. Pero el pecado la envejeció y causó en ellas grandes estragos. Por eso, Dios hizo otra nueva creación<sup>9</sup>: la gracia santificante, una *participación limitada* de la naturaleza divina, por la que el hombre, sin dejar de ser criatura, es semejante a Dios, participa íntimamente en la vida divina.

Es una realidad interior que produce «una especie de resplandor y luz que limpia todas las manchas de nuestras almas y las torna hermosísimas y muy brillantes»<sup>10</sup>. Esta gracia es la que une nuestra alma con Dios en un estrechísimo lazo de amor<sup>11</sup>. ¡Cómo deberemos protegerla, convencidos de que es el mayor bien que tenemos! La Sagrada Escritura la compara a una prenda que Dios pone en los corazones de los fieles<sup>12</sup>, a una semilla que echa sus raíces en el interior del hombre<sup>13</sup>, a un manantial de aguas que manará sin cesar hasta la vida eterna<sup>14</sup>.

La gracia santificante no es un don pasajero y transitorio, como ocurre con esos impulsos y mociones para realizar u omitir alguna acción, a los que llamamos

*gracias actuales*; es «un principio permanente de vida sobrenatural»<sup>15</sup>, una disposición estable radicada en la misma esencia del alma. Porque determina un modo de ser estable y permanente –aunque se puede perder por el pecado mortal–, se la llama también *gracia habitual*.

La gracia no violenta el orden natural, sino que lo supone, lo eleva y perfecciona, y ambos órdenes se prestan mutua ayuda, porque uno y otro de Dios proceden<sup>16</sup>. Por eso, el cristiano, lejos de renunciar a las obras de la vida terrena –al trabajo, a la familia...–, las desarrolla y las perfecciona, coordinándolas con la vida sobrenatural, hasta el punto de ennoblecer la misma vida natural<sup>17</sup>.

Con esta dignidad hemos de vivir y de comportarnos en todas nuestras acciones; en ningún momento del día debemos olvidar los dones con que hemos sido favorecidos. Nuestra existencia será bien diferente si en medio de los quehaceres diarios tenemos presente el honor que nos ha hecho nuestro Padre Dios: que –por la gracia– nos llamemos hijos suyos, y que de verdad lo seamos<sup>18</sup>.

III. La gracia santificante diviniza al cristiano y le convierte en hijo de Dios y en templo de la Trinidad Santísima. Esta semejanza en el ser debe reflejarse necesariamente en nuestro obrar: en pensamientos, acciones y deseos –a medida que progresamos en la lucha ascética–, de modo que la vida puramente humana vaya dejando paso a la vida de Cristo. Se ha de cumplir en nuestras almas aquel proceso interior que indican las palabras del Bautista: *conviene que él crezca y yo mengüe*<sup>19</sup>. Hemos de pedir al Señor que se haga cada vez más firme en nosotros esta aspiración: tener en el corazón *los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo* en el suyo<sup>20</sup>; y desterrar el egoísmo, el pensar excesivamente en nosotros mismos, cualquier síntoma de aburguesamiento... Por esto, quienes se ufanan de llevar el nombre de cristianos, no solo han de contemplar al Maestro como un perfectísimo Modelo de todas las virtudes, sino que han de reproducir de tal manera en sus costumbres la doctrina y la vida de Jesucristo que sean semejantes a Él<sup>21</sup>, en el modo de tratar a los demás, en la compasión por el dolor ajeno, en la perfección del trabajo profesional, imitando los treinta años de vida oculta en Nazaret...

Así se repetirá la vida de Jesús en la nuestra, en una configuración creciente con Él que realiza de modo admirable el Espíritu Santo, y que tiene como término la plena semejanza y unión, que se consumará en el Cielo. Pero, considerémoslo serenamente en nuestra oración, para llegar a esa identificación con Cristo se precisa una orientación muy clara de toda nuestra vida: colaborar con el Señor en la tarea de la propia santificación, quitando obstáculos a la acción del Paráclito y procurando hacer en todo lo que más agrada a Dios, de tal manera que podamos decir, como Jesús: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra*<sup>22</sup>. Esta correspondencia a la gracia –que se ha de hacer realidad día tras día, minuto a minuto– se podría resumir en tres puntos principales: ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo, mantener en toda circunstancia la vida de oración, a través de las prácticas de devoción que hemos concretado en la dirección espiritual, y cultivar un constante espíritu de penitencia.

*Docilidad*, porque el Espíritu Santo «es quien nos empuja a adherirnos a la doctrina de Cristo y a asimilarla con profundidad, quien nos da luz para tomar conciencia de nuestra vocación personal y fuerza para realizar todo lo que Dios espera»<sup>23</sup> en nuestro personal crecimiento interior y en el abundante apostolado que hemos de ejercer entre nuestros amigos, parientes y colegas.

*Vida de oración*, «porque la entrega, la obediencia, la mansedumbre del cristiano nacen del amor y al amor se encaminan. Y el amor lleva al trato, a la conversación, a la amistad. La vida cristiana requiere un diálogo constante con Dios Uno y Trino, y es a esa intimidad a donde nos conduce el Espíritu Santo»<sup>24</sup>.

*Unión con la Cruz*, «porque en la vida de Cristo el Calvario precedió a la Resurrección y a la Pentecostés, y ese mismo proceso debe reproducirse en la vida de cada cristiano»<sup>25</sup>, aceptando en primer lugar las contradicciones, grandes o pequeñas, que nos llegan, y ofreciendo al Señor cada día otras muchas pequeñas mortificaciones a través de las cuales nos unimos a la Cruz con sentido de corredención, purificamos nuestra vida y nos disponemos para un diálogo íntimo y profundo con Dios.

Examinemos hoy, al terminar nuestra oración, cómo es nuestra correspondencia a la gracia en estos tres puntos, porque de ella depende el desarrollo de la vida de la gracia en nosotros. Le decimos al Señor que no queremos contentarnos con el nivel alcanzado en la oración, en la presencia de Dios, en el sacrificio...; que, con su gracia y con la protección de Santa María, no nos detendremos hasta llegar a la meta que da sentido a nuestra vida: la plena identificación con Jesucristo.

**1** *Jn* 1, 13. — **2** Cfr. *Gal* 3, 27. — **3** *Jn* 15, 1-6. — **4** *1 Cor* 12, 27. — **5** *1 Jn* 3, 2. — **6** *Rom* 8, 16. — **7** *Ef* 2, 19. — **8** *2 Pdr* 1, 4. — **9** Cfr. SANTO TOMÁS, *Comentario a la Segunda Carta a los Corintios*, IV, 192. — **10** CATECISMO ROMANO, II, 2, n. 50. — **11** Cfr. *ibídem*, I, 9, n. 8. — **12** Cfr. *2 Cor* 5, 5. — **13** Cfr. *1 Jn* 3, 9. — **14** *Jn* 4, 14. — **15** Pío XI, Enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930. — **16** Cfr. ÍDEM, Enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929. — **17** Cfr. *ibídem*; cfr. CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 40. — **18** Cfr. *1 Jn* 3, 1. — **19** *Jn* 3, 30. — **20** *Flp* 2, 5. — **21** Cfr. Pío XII, ENC. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943. — **22** *Jn* 4, 24. — **23** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 135. — **24** *Ibídem*, 136. — **25** *Ibídem*, 137.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.